

NOTAS Y REFLEXIONES

AMÉRICA LATINA: ¿CÓMO SOBREVIVE UNA REGIÓN EN ESTADO DE MULTICRISIS?

GERMAN RUEDA OREJARENA

german.rueda.orejarena@gmail.com

Economista colombo-luso con estudios de posgrado en desarrollo, cooperación internacional y sociología (Colombia). Actualmente es becario de investigación en la Universidade de Évora. Ha trabajado previamente en el Center for the Study of Democracy, Bulgaria y cuenta con experiencia en proyectos vinculados a sostenibilidad y geopolítica. Su trayectoria incluye investigaciones sobre la influencia geopolítica de Rusia en Alemania y América Latina, así como el análisis de dinámicas internacionales en el contexto de la transición energética. Además, ha participado en iniciativas enfocadas en medir el bienestar más allá del PIB, como la agenda *Beyond GDP*, contribuyendo a enfoques integrales para el desarrollo sostenible.

América Latina ha sido históricamente un territorio atravesado por crisis de toda dimensión. Esta reflexión crítica con perspectiva sociológica y decolonial analiza el concepto de crisis tomando como referencia al sociólogo colombiano Orlando Fals Borda. Fals Borda planteó que las crisis en América Latina revelan contradicciones estructurales que conducen a la desorganización social e institucional: "La sociedad sufre así un proceso irreversible de desorganización interna que crea cuerpos y anticuerpos, expresado en valores, normas, grupos, instituciones y técnicas en conflicto. Según algunas interpretaciones teóricas, este conflicto debe ir refractando y agotando el orden social existente para formar eventualmente un nuevo tipo de colectividad" (Fals Borda, 1969, p. 767). Las crisis económicas, ambientales y sociales dan cuenta de ello. Otras, como las crisis políticas, merecen un análisis más detallado y localizado.

Crisis Económicas

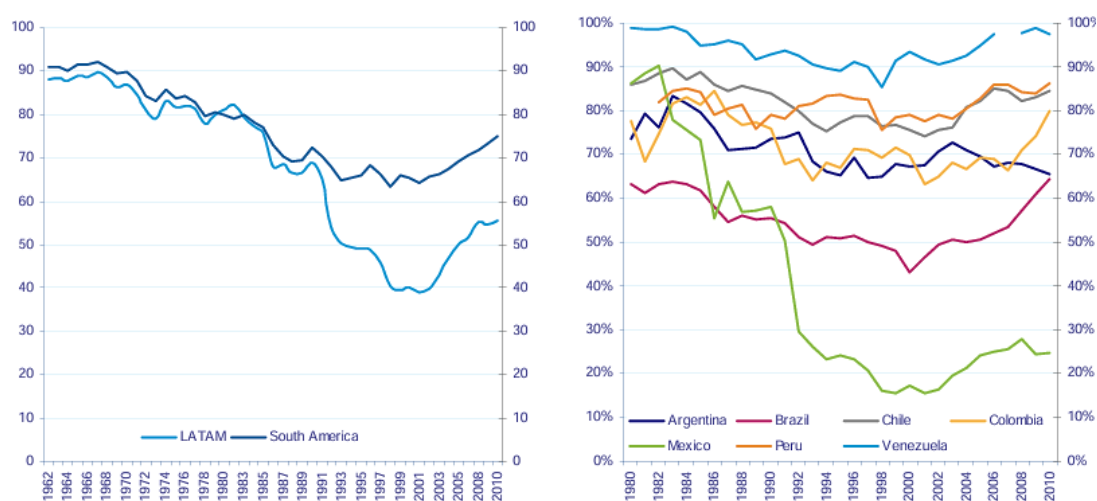
La región ha enfrentado múltiples crisis económicas a lo largo del siglo XX y XXI. Desde la Gran Depresión hasta la "década perdida" de los años 80 —provocada por el sobreendeudamiento externo y la subida de tasas de interés en EE. UU.—, estas crisis dejaron secuelas en las estructuras económicas visibles hasta hoy. La posterior adopción neoliberal, impuesta por organizaciones internacionales, implicó reformas estructurales y privatizaciones que, si bien estabilizaron algunas economías, profundizaron la dependencia al Norte global y redujeron la capacidad de respuesta estatal. En los años 90, la liberalización comercial no logró superar el crecimiento alcanzado durante el modelo de Industrialización por sustitución de importaciones (ISI). Economistas como



Ocampo (2015) advierten que los beneficios de este nuevo ciclo fueron desigualmente distribuidos y con baja inversión productiva.

Durante la crisis financiera global de 2008-2009, América Latina sorprendió al mundo al enfrentar la tormenta económica con una "resiliencia" inusitada para una región históricamente golpeada por crisis estructurales. A diferencia de episodios anteriores como el "tequilazo" en México en 1994 o el "corralito" argentino de 2001, esta vez los cimientos eran más sólidos: mejor regulación bancaria, baja relación entre deuda externa y reservas, y especialmente altos precios de materias primas. Aunque 2009 fue un año difícil —con caídas del PIB de 5,9 % en Argentina, 5 % en México y 1,7 % en Chile—, la recuperación fue rápida. En 2010, las políticas contracíclicas jugaron un papel clave y permitieron que Brasil creciera 7,5 %, Argentina más del 10 % y México revirtiera su caída con un rebote similar (Fariza & Molina, 2018). Aun así, la crisis dejó secuelas y las mayores economías enfrentaron nuevas recesiones al caer los precios de exportación. Esta tormenta, aunque breve, expuso una causal de las crisis persistentes: la estructural dependencia de exportaciones primarias.

Gráfico 1. Exportaciones de productos básicos: participación en las exportaciones totales (%)



Fuente: BBVA Research (García-Herrero & Nigrinis, 2012)

La pandemia de COVID-19, los conflictos internacionales en Rusia, Medio Oriente y la más reciente guerra comercial desatada por los Estados Unidos a la cabeza de Donald Trump, encontraron a América Latina con escaso margen fiscal: en 2019, el crecimiento fue de apenas 0,1 %. El Banco Mundial estima que la región crecerá solo 2,1 % en 2025 y 2,4 % en 2026 (World Bank, 2025), el ritmo más bajo del mundo. La inflación, el endeudamiento y la inversión insuficiente consolidan un modelo frágil y excluyente.



Crisis Ambientales

América Latina enfrenta también una crisis ambiental sin precedentes, impulsada por la expansión agropecuaria, la deforestación y los efectos del cambio climático. Entre 1990 y 2005, gran parte de la pérdida de cobertura forestal en América Latina se debió a la conversión de selvas en pastizales, responsable del 71 % de la deforestación en ese periodo. En 2024, el planeta vivió el año más caluroso jamás registrado, acompañado por la desaparición de 6,7 millones de hectáreas de selva tropical en todo el mundo, más de dos tercios de ellas en América Latina. Brasil encabezó esta devastación con 2,8 millones de hectáreas deforestadas, seguido por Bolivia con 1,8 millones. Perú perdió 190.000 hectáreas, lo que representó un alarmante aumento del 135 % respecto a 2023, mientras que Colombia superó las 100.000 hectáreas. Nicaragua, por su parte, sufrió la mayor pérdida proporcional de bosque primario, con un 4,7 % de su superficie forestal original. A escala global, los incendios forestales de 2024 emitieron 4,1 gigatoneladas de CO₂, una cifra equivalente a cuatro veces las emisiones del transporte aéreo mundial en 2023 (Global Forest Review, 2025).

Entre 2000 y 2022, América Latina y el Caribe enfrentaron una de las crisis más intensas en materia de desastres naturales a nivel global, con un total de 1.500 eventos que afectaron a más de 190 millones de personas. En este período se registraron 681 inundaciones, 400 tormentas, 92 terremotos, 77 sequías, 78 deslizamientos de tierra, 49 temperaturas extremas, 42 erupciones volcánicas, 36 incendios forestales, y varias otras emergencias como epidemias y desplazamientos masivos (OCHA, 2023b). Solo en 2023, las inundaciones en el norte de Perú, asociadas al fenómeno de El Niño, dejaron más de 839.700 personas afectadas y desencadenaron una epidemia de dengue sin precedentes. En Guatemala, los huracanes Eta e Iota de categoría 4 azotaron Centroamérica en 2020 durante el punto más crítico de la pandemia, afectando más de 645.100 personas (OCHA, 2023a). A esto se suma el riesgo creciente proyectado por el Banco Mundial, que estima que más de 17 millones de personas podrían ser desplazadas por el cambio climático en la región para 2050 (Forbes & Xilotl, 2024).

América Latina y el Caribe han sufrido una pérdida del 95% de su vida silvestre en los últimos 50 años, siendo la Amazonía el epicentro de esta devastación ecológica. Esta región, que alberga más del 10% de la biodiversidad terrestre y almacena entre 250.000 y 300.000 millones de toneladas de carbono, se encuentra en un punto de inflexión crítico (WWF, 2024). En 2024, la selva amazónica vivió su segundo año consecutivo de sequía histórica y el mayor número de incendios en dos décadas, con más de 5.000 focos en un solo día y 5,4 millones de hectáreas quemadas solo en tres estados brasileños. En Perú, 16 de las 25 regiones fueron afectadas por incendios, el 70% de ellos en la Amazonía, alcanzando 87 territorios indígenas. En Bolivia, las llamas afectaron a 4 millones de hectáreas y 58 territorios indígenas. Solo Brasil concentró el 76% de los puntos críticos de Sudamérica, y los incendios en bosques primarios crecieron un 132% en agosto respecto a 2023. Además, los incendios en tierras indígenas aumentaron un 39% y ya representan el 24% del total en la Amazonía, destruyendo más de 1,3 millones de hectáreas (Vargas & Poirier, 2024). Este colapso no solo destruye ecosistemas vitales, sino que convierte al bioma en un emisor neto de CO₂, profundizando la crisis climática global.



Crisis Sociales

La crisis social en América Latina y el Caribe se manifiesta de manera más evidente en sus niveles extremos de desigualdad, que siguen siendo los más altos del planeta. Mientras que en los países de la OCDE el ingreso del 10 % más rico apenas cuadruplica al del 10 % más pobre, en esta región la brecha se amplía a un promedio de 12 veces. En naciones como Colombia, Chile y Uruguay, el 1 % más rico concentra entre el 37 % y el 40 % de toda la riqueza nacional, en contraste con la mitad más pobre de la población, que apenas posee el 10 %. Aunque se registraron avances en la reducción de la desigualdad entre 1990 y 2014, especialmente en países como Brasil, Bolivia, Chile y Perú, los progresos se han estancado en la última década y las brechas persisten. Esta desigualdad no solo es profunda, sino también estructural: millones de familias en situación de pobreza enfrentan un patrimonio neto negativo, con deudas que superan sus activos. Además, las oportunidades económicas siguen estando determinadas por el origen social: entre el 44 % y el 63 % de la diferencia de ingresos en países como Argentina y Guatemala se explica por condiciones heredadas como el nivel educativo de los padres, la etnicidad o el lugar de nacimiento. A ello se suman las históricas desigualdades territoriales: en países como Bolivia, hasta el 58 % de la desigualdad total proviene de la disparidad entre zonas rurales y urbanas, lo que evidencia la profundidad y persistencia de una fractura social que trasciende generaciones (BID, 2024a).

Este panorama de exclusión social y económica se entrelaza con una creciente crisis de violencia. América Latina alberga solo al 8% de la población mundial, pero concentró alrededor del 50% de los homicidios en 2018 (Hernández Bringas, 2022) aunque estudios para otros años estiman este valor entre 15% y 20%. Países como Venezuela, Honduras, El Salvador y México han reportado tasas de homicidio superiores a 30 por cada 100.000 habitantes. En 2024, Ecuador alcanzó niveles alarmantes de violencia, con 38,8 asesinatos por cada 100.000 habitantes, situación que llevó al gobierno a declarar el conflicto armado interno contra bandas criminales. Haití, por su parte, ha colapsado institucionalmente ante el control de bandas armadas que dominan la capital, Puerto Príncipe, provocando desplazamientos masivos y miles de muertes.

El incremento de la violencia en América Latina está estrechamente vinculado al avance del crimen organizado, que ha evolucionado hacia redes cada vez más complejas y violentas, alimentadas por el narcotráfico y alianzas entre bandas locales y carteles de México, Brasil y Colombia. Países con antecedentes históricos de violencia, como Colombia y Brasil, figuran hoy entre los más afectados. Según el Índice Global de Crimen Organizado 2023, Colombia (7,75), México (7,57) y Paraguay (7,52) se ubicaron entre los cinco países con mayor criminalidad a nivel mundial. A nivel regional, América Central presentó el promedio más alto (6,28), seguida de América del Sur (5,94) (Global Initiative Against Transnational Organized Crime, 2023). América Latina sigue siendo el epicentro de la producción mundial de cocaína, con Colombia, Perú y Bolivia como los principales productores, y países como Venezuela, Ecuador, México, Brasil y toda América Central desempeñando un rol clave en su exportación. A esto se suma la aparición de nuevas rutas y mercados en Paraguay, Costa Rica y Argentina.

Ante el entramado de desigualdad, pobreza estructural y violencia, los países de América Latina y el Caribe enfrentan una paradoja inquietante: comparten amenazas comunes, pero carecen de respuestas colectivas. La ausencia de una institución regional ha dejado



a los Estados expuestos frente al avance del crimen organizado transnacional. Iniciativas como la Alianza para la Seguridad, la Justicia y el Desarrollo, impulsada por el BID y que congregó a 18 países en 2024, representan un paso hacia la coordinación regional, aunque siguen siendo insuficientes si no se acompañan de transformaciones estructurales en áreas como salud, educación, pensiones y empleo. Estudios del BID revelan, por ejemplo, que los subsidios a las pensiones benefician en mayor medida a los sectores más acomodados, y que una educación de calidad desigual perpetúa las brechas sociales (Stampini et al., 2023). Sin una estrategia integral que articule desarrollo social con cooperación en seguridad, la región corre el riesgo de profundizar su crisis multidimensional y mantenerse atrapada en un ciclo persistente de exclusión y violencia.

Estrategias de resistencia en tiempos de crisis

Ante el estado permanente de crisis que atraviesa América Latina, las comunidades no adoptan una postura pasiva. Al contrario, como subrayaba Fals Borda (1969), de las profundidades sociales emergen formas persistentes de resistencia y esperanza que sostienen la posibilidad de transformación. Las frustraciones estructurales no paralizan la voluntad colectiva; más bien, acumulan tensiones que, al alcanzar ciertos umbrales, impulsan procesos de acción organizada. Incluso las respuestas más limitadas pueden convertirse en puntos de partida para movilizaciones más amplias, revelando una capacidad de respuesta social que, aunque muchas veces silenciosa, sigue activa y latente.

Los modelos de desarrollo impuestos desde fuera —basados en cifras, inversión extranjera y mitos de modernización— han producido transformaciones superficiales. Lejos de impulsar un cambio estructural, han ampliado las desigualdades y generado oportunidades limitadas, sin activar los motores profundos del desarrollo social y económico. En este contexto, la supervivencia no es únicamente económica, sino también simbólica y política: las comunidades reconfiguran sus vínculos, migran, resisten, crean saberes propios y se movilizan en busca de autodeterminación. Esta fuerza revela el potencial de una sociología de la liberación que comprende la crisis como catalizador histórico hacia la construcción de un porvenir más justo. Así, las múltiples crisis que golpean a la región no solo exponen sus fracturas, sino también la potencia regeneradora de sus pueblos.

Uno de los grandes "problemas" que enfrenta la economía formal en América Latina es precisamente la economía informal. Esta se manifiesta especialmente en el mercado laboral, donde una alta proporción de trabajadores no está registrada oficialmente. También se extiende al crédito informal y a la economía de bolsillo que muchas familias utilizan para sobrevivir. Aunque existen numerosas propuestas y metodologías para formalizar el trabajo, las rentas y otros aspectos de la vida cotidiana —como la regularización de propiedades urbanas y rurales, actividades comerciales lícitas e ilícitas, o los ahorros que provienen de remesas—, la informalidad sigue siendo, en muchos casos, no solo una alternativa necesaria, sino la única opción para millones de personas que necesitan sostener sus hogares y garantizar condiciones mínimas de vida.

Hernando de Soto plantea que la economía informal no es en sí el problema, sino una respuesta popular creativa y espontánea de los sectores más pobres para satisfacer sus



necesidades básicas ante la ineficiencia y exclusión impuestas por el propio Estado. Según él, el verdadero obstáculo radica en la estructura estatal, que, en lugar de apoyar estas iniciativas, suele adoptar políticas que buscan combatir la informalidad como si fuera una amenaza. De hecho, advierte que muchas de estas medidas terminan destruyendo el capital acumulado por las personas y las condiciones que han construido para sobrevivir, profundizando así su situación de pobreza (Mercado & Rios, 2005).

Mientras aquí mantengo que la informalidad es un mecanismo de resistencia a las condiciones predatorias del sistema capitalista que fuerza y excluye una parte de la población, también considero que estas mismas condiciones de permanente exclusión y hartazgo frente a la poca esperanza vista en el futuro, son condiciones que han resultado en complejos procesos de revuelta social. Los casos más recientes en la región se conocen como el *estallido social*.

Figures 1 and 2. Protestas en Cali, Colombia (arriba) y Santiago, Chile (abajo).



Fuentes: @pachito.galbana y Carlos Figueroa.



Durante la última década, América Latina ha experimentado un creciente malestar ciudadano. Desde 2019, países como Ecuador, Chile, Bolivia y Colombia han sido escenario de protestas masivas motivadas por políticas fiscales, crisis de legitimidad y falta de oportunidades. Aunque la pandemia frenó temporalmente las movilizaciones, estas reaparecieron con fuerza en Perú y Paraguay entre finales de 2020 y principios de 2021. En Colombia, una reforma tributaria desencadenó en 2021 una de las protestas más prolongadas y violentas de su historia reciente, mientras que en Chile el descontento dio origen a un proceso constituyente. En otros países, como México y El Salvador, el malestar se canalizó por vía electoral, favoreciendo liderazgos personalistas como los de López Obrador y Bukele. En Brasil, las manifestaciones de 2013 y la destitución de Dilma Rousseff allanaron el camino para el ascenso de Jair Bolsonaro (Murillo, 2021). En todos estos casos, las protestas evidencian la tensión estructural entre democracia y desigualdad, con una ciudadanía —particularmente jóvenes— que demanda transformaciones profundas en medio de una creciente fragmentación política e incertidumbre institucional.

Cuando los jóvenes —y no solo ellos— no encuentran en las protestas u otras formas de resistencia una respuesta a las múltiples crisis que los rodean, tampoco optan por la pasividad. Vivir en medio de una modernidad líquida, que exige constantemente del individuo adaptarse y reinventarse, los empuja a buscar alternativas. En ese contexto, la migración emerge no solo como una salida, sino como un acto de resistencia frente a un orden establecido que no les ofrece futuro. Migrar se convierte, así, en una forma de romper con la inmovilidad de un sistema que ya no responde a sus expectativas y necesidades.

Entre 2015 y 2019, la población migrante en América Latina y el Caribe creció a un ritmo sin precedentes, casi duplicándose de 8,4 millones a 12,8 millones de personas (Inter-American Development Bank & Organization for Economic Cooperation and Development, 2021). Este aumento refleja el dinamismo y la complejidad de los flujos migratorios en la región, que representan cerca del 15% del total mundial de migrantes internacionales (281 millones en 2020) (Cecchini & Martínez Pizarro, 2023). A diferencia de otras regiones, América Latina ha sido escenario de un fuerte incremento de la migración intrarregional, que creció un 72% entre 2000 y 2020, el mayor aumento relativo a nivel global. Países como Colombia, Perú y Chile se convirtieron en destinos clave debido, principalmente, al éxodo masivo desde Venezuela: en 2020, los venezolanos representaban en promedio el 30% de la población migrante en 13 países de la región. Mientras tanto, Argentina, Brasil, Chile, Colombia, México y Perú concentraban más de un millón de inmigrantes cada uno, siendo Argentina el país que acogía a casi una sexta parte de la población migrante regional. A nivel interno, se destaca que la mayoría de los migrantes se encuentran en edad laboral activa (el 72% tiene entre 15 y 64 años), una proporción mayor que la de la población nativa, lo que resalta su potencial contribución económica (BID, 2024b).

Lejos de ser únicamente señales de descomposición o desorden, fenómenos comúnmente catalogados como crisis —como la migración masiva, el aumento de la violencia, los conflictos de orden público o las tensiones en el mercado laboral— pueden y deben ser comprendidos como expresiones de resistencia, reorganización y dinamismo social ante crisis estructurales más profundas y prolongadas. Estas reacciones no surgen en el vacío, sino como respuestas necesarias de comunidades que enfrentan las consecuencias de



modelos económicos, ambientales y sociales que ignoran las realidades locales y regionales. La migración, por ejemplo, no es solo un desplazamiento forzado, sino también una estrategia de supervivencia y de búsqueda activa de condiciones más dignas de vida. Del mismo modo, muchas manifestaciones de informalidad laboral, movilización popular o redes de apoyo comunitarias emergen como formas de sostener la vida frente a la falta de respuestas adecuadas del Estado o del mercado. Por tanto, estas llamadas "crisis" deben ser leídas también como expresiones legítimas de agencia colectiva y adaptabilidad, y no simplemente como amenazas al orden establecido. Reconocer este carácter transformador permite abrir el camino hacia políticas más justas, centradas en el respeto a los derechos humanos y en el fortalecimiento de capacidades locales.

Referencias

- BID. (2024a, March 6). *Las complejidades de la desigualdad en América Latina y el Caribe*. Hoja Informativa. <https://www.iadb.org/es/noticias/las-complejidades-de-la-desigualdad-en-america-latina-y-el-caribe>
- BID. (2024b, July 2). Panorama de la población migrante en América Latina y el Caribe. *La Maleta Abierta*. <https://blogs.iadb.org/migracion/es/panorama-de-la-poblacion-migrante-en-america-latina-y-el-caribe/>
- Cecchini, S., & Martínez Pizarro, J. (2023). Migración internacional en América Latina y el Caribe: Una mirada de desarrollo y derechos. *Revista de la CEPAL*, 141(diciembre). <https://hdl.handle.net/11362/69122>
- Fals Borda, O. (1969). Algunos problemas prácticos de la sociología de la crisis | Revista Mexicana de Sociología. *Revista Mexicana de Sociología*, 31(4), 767–793.
- Fariza, I., & Molina, F. R. (2018, September 9). América Latina: La crisis que fue una tormenta de verano. *El País*. https://elpais.com/economia/2018/09/05/actualidad/1536143467_092539.html
- Forbes, A., & Xilotl, M. (2024, July 8). *Preparándonos para la movilidad climática en América Latina y el Caribe*. UNDP. <https://www.undp.org/es/latin-america/blog/preparandonos-para-la-movilidad-climatica-en-america-latina-y-el-caribe>
- García-Herrero, A., & Nigrinis, M. (2012, May 7). *Latin America's commodity dependence and the China effect* [Seminar at Carnegie-Tsinghua Center]. https://www.bbvaresearch.com/wp-content/uploads/mult/120507_Latin_American_Commodity_dependence_tcm348-326958.pdf
- Global Forest Review. (2025). *Fires Drove Record-breaking Tropical Forest Loss in 2024*. World Resources Institute. <https://research.wri.org/gfr/latest-analysis-deforestation-trends>
- Global Initiative Against Transnational Organized Crime. (2023). *The Global Organized Crime Index 2023*. <https://globalinitiative.net/analysis/ocindex-2023/>
- Hernández Bringas, H. (2022). Homicidios en América Latina y el Caribe: Magnitud y factores asociados. *Notas de Población CEPAL*, 113(Julio-Diciembre), 119–144.



Inter-American Development Bank & Organization for Economic Cooperation and Development. (2021). *Migration Flows in Latin America and the Caribbean: Statistics on Permits for Migrants*. Inter-American Development Bank.
<https://doi.org/10.18235/0003665>

Mercado, A. F., & Rios, F. (2005). *La informalidad: ¿estrategia de sobrevivencia o forma de vida alternativa?* (Working Paper No. 04/05). Documento de Trabajo.
<https://www.econstor.eu/handle/10419/72800>

Murillo, M. V. (2021). Protestas, descontento y democracia en América Latina | Nueva Sociedad. *Nueva Sociedad | Democracia y Política En América Latina*, 294(Julio-Agosto).
<https://nuso.org/articulo/protestas-descontento-y-democracia-en-america-latina/>

Ocampo, J. A. (2015). Los retos del desarrollo latinoamericano a la luz de la historia. *Cuadernos de Economía*, 34(66), 479–506.
<https://doi.org/10.15446/cuad.econ.v34n66.49416>

OCHA. (2023a). *América Latina y el Caribe: Desastres = Amenazas Naturales + Vulnerabilidades Humanas*. <https://unocha.exposure.co/america-latina-y-el-caribe>

OCHA. (2023b). *Panorama de los Desastres en América Latina y el Caribe 2000—2022*.
<https://www.unocha.org/publications/report/world/panorama-de-los-desastres-en-america-latina-y-el-caribe-2000-2022>

Stampini, M., Medellín, N., & Ibararán, P. (2023). *Cash Transfers, Poverty, and Inequality in Latin America and the Caribbean*. Inter-American Development Bank.
<https://doi.org/10.18235/0005235>

Vargas, P., & Poirier, C. (2024, September 17). De la crisis a la catástrofe: El infierno provocado por el hombre que devora la Amazonia. *Amazon Watch*.
<https://amazonwatch.org/es/news/2024/0917-from-crisis-to-catastrophe-the-man-made-inferno-devouring-the-amazon>

World Bank. (2025). *Economic Outlook | Latin America and the Caribbean April 2025*. World Bank. <https://www.worldbank.org/en/region/lac/publication/perspectivas-economicas-america-latina-caribe>

WWF. (2024). *Informe Planeta Vivo 2024. Un sistema en peligro*.
https://livingplanet.panda.org/es-CO/amazonia_al_limite/

Cómo citar esta nota

Rueda Orejarena, German (2025). América Latina: ¿Cómo sobrevive una región en estado de multicrisis?. *Janus.net, e-journal of international relations*. VOL. 16, Nº. 2, noviembre 2025-abril 2026, pp. 461-505. DOI <https://doi.org/10.26619/1647-7251.16.2.02>

